

La historia económica institucionalista en debate:
alrededor del libro *The Mexican Economy, 1870-1930:
Essays on the Economic History of Institutions, Revolution,
and Growth*, editado por Jeffrey L. Bortz y Stephen Haber

JOSÉ R. DEUSTUA*

La historiografía norteamericana sobre Latinoamérica, de los últimos diez años más o menos, está embarcada, para usar un popular e irónico dicho latinoamericano, en un verdadero «diálogo de sordos». Entre los historiadores de Estados Unidos que estudian Latinoamérica, están los culturalistas posmodernos que se enfocan en los «proyectos hegemónicos y contra-hegemónicos», en la «influencia del género en la cultura», y en la «construcción social y cultural del espacio», entre otras variedades de tópicos inusuales y controversiales. Del otro lado del espectro, están los practicantes de la «ciencia histórica» o de la «historia científico social», que es la que el libro aquí reseñado pretende encarnar. La parte científica del libro es, sin embargo, a todas luces, un tema de debate. En comparación con algunos libros culturalistas posmodernos recientes, y en particular con cientos de frívolas e irrelevantes tesis doctorales, las cuales son altamente retóricas y llenas de abstracciones literarias hasta el punto de perder las venerables tradiciones clásicas a la profesión histórica, este libro es riguroso y extremadamente metódico, aunque, también, muy ideológico.

El libro está dividido en tres partes o tópicos, abordados por ocho autores: 1) Las «reformas» del sistema financiero mexicano durante el Porfiriato (el gobierno del general Porfirio Díaz en México, entre 1876-1910, aunque la base de su régimen y sus corolarios claramente excedieron esas fechas); 2) «Reformas» del comercio internacional durante el Porfiriato y 3) «Reformas» de las relaciones laborales durante el Porfiriato. Los trabajos de Noel Maurer, Noel Maurer y Stephen Haber, Carlos Marichal, y Paolo Riguzzi abordaron el primer tópico. Sandra Kuntz Ficker y Edward Beatty escribieron cada uno dos ensayos que discuten el cambio institucional, el comercio internacional, la política comercial, y la estructura de protección del Porfiriato en la segunda parte del libro. Mientras que el tercer tema es tratado por Jeffrey Bortz y Aurora Gomez-Galvarriato.

* Es profesor en Eastern Illinois University.

Los editores escribieron la introducción, que es también un debate sobre las cuestiones historiográficas, mientras que es solo Stephen Haber quien hace la conclusión con un ensayo sobre «el problema del compromiso y de la historia económica de México».

La mayoría de los ensayos son ejemplos de las variantes más duras de la historia cuantitativa, aunque de un tipo particular, altamente influenciada por economía neoclásica y que los editores y otros autores la llaman: la «nueva» historia económica institucional. Esta comenzó a ser desarrollada por el economista Douglass North y fue aplicada con éxito relativo al estudio de la historia de EE.UU. Aunque, cuando North se acercó a la historia Europea, los usos simplistas de su teoría han tenido, de acuerdo a la mayoría de historiadores europeos, más bien resultados embarazadores. En cierto punto, este libro es un esfuerzo de usar las teorías de North en el análisis de la historia Latinoamericana.

Casi todos los ensayos abundan en tablas, gráficos, regresiones, análisis de estas, y en un caso (el estudio de los bancos, mercados financieros y la industrialización mexicana entre los años 1878 y 1912 escrita por Haber y Maurer), «resultados de una regresión multivariada». Sin embargo, el libro en su totalidad se lee a veces como una condena neoliberal al régimen de Díaz por no desarrollar suficientemente los mercados y el capitalismo. El uso del concepto, «reforma», en este sentido, es perturbador. Las «reformas» del sistema financiero, del comercio internacional, y de las relaciones laborales durante el Porfiriato parecen llevar implícitas la falta de compromisos de Porfirio Díaz y su camarilla con el pleno capitalismo neoliberal individual. No obstante, la lectura de cada uno de los ensayos muestra una figura más matizada. También muestra que cada autor tiene su propia visión de los problemas económicos y sociales en discusión. Existe un claro contraste, por ejemplo, entre el ensayo de Bortz sobre «los límites legales y contractuales de los derechos de propiedad privada en la industria mexicana durante la revolución», y el de Gomez-Galvarriato sobre el rol de los sindicatos en marcar el ritmo para el cambio social y económico en la industria textil. Mientras el primero es un análisis teórico y legal de las leyes y contratos antes y después de la revolución mexicana, mucho más inmersa en las teorías de North, el trabajo de Gomez-Galvarriato es más un análisis económico es más bien un análisis económico de los registros de la empresa para demostrar que los trabajadores necesitaban la organización sindical, el poder de negociación, y la acción directa para lograr beneficios económicos, forzando así la modernización de la industria textil. No obstante, su rico análisis termina en una obvia conclusión: «el cambio institucional en las relación entre el capital y el trabajo [...] ha tenido un importante impacto económico» (en la industria textil mexicana) (p. 314).

Los matices y profundidades de los diferentes análisis de la economía mexicana entre los años 1870 y 1930, sin embargo, terminan con un muy ideológico y, en cierta medida, sesgado ensayos de Stephen Haber respecto al «problema del compromiso» en la historia mexicana. Uno lee en este ensayo que debido a que no había ningún compromiso en defensa de los derechos de propiedad en el México del siglo diecinueve, «no habría tampoco estabilidad política ni crecimiento económico» (p. 324). «México es un caso

canónico de trampa del golpe de Estado: un ciclo autoreproducido de violencia, depredación y cero crecimiento» (pp. 324-325). La panacea para el desarrollo económico en los países latinoamericanos, por lo tanto, era (y él implica que es) un compromiso pro la defensa de los derechos de propiedad. Si no, la violencia, la depredación y el crecimiento nulo pervivirán. ¿No hubo acaso ninguna violencia en Estados Unidos, digamos, en la década de 1860? ¿No hubo alguna depredación entonces? Sin embargo, EE.UU. creció económicamente. ¿Fue solamente por su compromiso en defensa de los derechos de propiedad? Por otra parte, para defender estas afirmaciones Haber utiliza las, ahora, más bien desfasadas y extrañas estadísticas del PBI per cápita de John Coatsworth, elaboradas en un estudio de 1978 largamente criticado desde entonces por su falta de precisión y capacidad en comparar «manzanas con peras», como fue dicho por los historiadores económicos Richard y Linda Salvucci. Con este tipo de comentarios, uno termina la lectura del libro con un mal sabor de boca. Después de todas las metas programáticas para una nueva historia científica, o mejor dicho, «historia científico social», los estereotipos ideológicos todavía cuelgan al final del libro.